



 Ignacio
Vidal-Folch Pronto
seremos felices

DESTINO



Pronto
seremos felices

Ignacio
Vidal-Folch



Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1304

I Isabela



I

Si es verdad, como dicen, que la hora más oscura de la noche es justo antes del amanecer, y que a la verdad le gusta ocultarse, entonces podría ser que el escondite del amor auténtico y la belleza absoluta se encuentre precisamente donde lo estuve buscando durante tanto tiempo: al fondo de la lacerante maraña de zarzas de la soledad, el aburrimiento y la tara.

Al comienzo de cada año, cuando aparecen en la calle, junto a los cubos de basura, esos arbolitos que la gente guarda en casa desde las Navidades, en su tiesto de plástico negro, las agujas reseca, la punta tronchada y calva, aún con los restos de una guirnalda dorada, me acuerdo de Camila, que se comparaba con los arbustos. Cada mañana a las ocho irrumpía como un vendaval en la oficina y antes de que pudiese darle los buenos días —aún estoy sorbiendo la taza de té, soñoliento y disperso— cuelga el chaquetón de la percha, arroja sobre un sillón el cargado bolso, blande el periódico, que trae titulares de escándalo, y emite su sentencia lapidaria: «¡Olvídese, son todos gentuza!», siendo «todos» un funcionario corrupto o un ministro que ha hecho unas declaraciones que a ella le parecen gravemente ofensivas para sus ideas o para la dignidad de la nación; también puede ser algo más trivial, como por ejemplo un acto





incívico al que ha asistido en el tranvía o las monerías de una actriz anoche en la televisión. Sigue la precipitada y masiva descarga artillera de razonamientos críticos, improprios y maldiciones, que procuro amansar dándole la razón en todo y diciéndole cosas amables, hasta que va soltando vapor y, un poco más tranquila, aunque todavía lanzando algunas ráfagas, cada vez más breves, por fin se instala tras su máquina de escribir, extrae la cajetilla de cigarrillos y el mechero, empieza a echar humo como una locomotora... y el humo la borra de mis recuerdos, ya estoy pensando en otra cosa...

No, no me voy; voy a describirla, así la acaricio y acompaño un poco: era alta, desgarbada, hombruna; tenía los ojos azules y el pelo rubio, liso y largo, finísimo, y lo llevaba recogido y muy tirante, con un apretado moño sobre el cogote: ni sombra de coquetería salvo los botoncitos de oro de los pendientes, las uñas cortas pero esmaltadas y, en los anulares, sendas sortijas: la oscura gota de sangre de un granate minúsculo y una gema negra, lisa. A menudo tenía el rostro contraído de mal humor, y como trabajar con ella de mal humor era un calvario, lo primero que tenía que hacer cada mañana era aplicarme a adularla, destacar sus aciertos, repetirle que era imprescindible, no sé qué haría sin usted, y en Madrid también la valoran mucho, le he hablado muy bien de usted al señor gerente. Y no faltaba mucho a la verdad, era una profesional eficiente y laboriosa.

Era su estricto sentido de la justicia lo que la mantenía sulfurada, librando a diario las batallas de una guerra moral de máximos y mínimos, sin matices. Alguien se quejó de las colas, y ella respondió con virtuosa satisfacción: «¡A ninguno nos gusta hacer cola, y tooodos la hacemos!». Un día, en la cola de la farmacia, un soldado del ejército ruso, jovencísimo, de etnia oriental, obser-





vaba un *spray* desodorante preguntándose con la boca abierta qué será esto y para qué sirve, y la dependienta se lo arrebató mascullando en voz alta: «A ti qué más te da, no lo entenderías». La clientela lo celebraba; el soldado, comprendiendo que se burlaban de él, se sonrojó, pero entonces desde el final de la cola saltó a primera fila Camila —también arrebolada, pero de indignación—, Camila la justiciera:

—Pero ¡explíqueme al pobre muchacho, hágame el favor! ¿Qué culpa tiene él de nada si a lo mejor el pobre viene de Siberia o de Uzbekistán? ¡Un poco de humanidad, por favor! —Después de encararse también con otros clientes que manifestaron su apoyo a la farmacéutica, me explicó que aquel soldadito *representaba* al ejército de ocupación, sí, en efecto, pero también *encarnaba* a los pobres del mundo, a los más desvalidos y, comparados con él, la tendera y sus clientes eran unos privilegiados. Burgueses repelentes. Sólo porque habían tenido una educación y sabían manejar la pala del pescado se creían superiores al mogol, que quizá en su tierra era un pobre pastorcito—. ¡Olvídese, son todos gentuza!

Vivía sola en un barrio de la periferia, no se le conocían amores y era muy reservada sobre su vida privada y emocional, pero a veces, de madrugada en la cafetería del hotel Koruna, o en cierto garito para náufragos irremediables de la avenida, En el Foso, o en alguna otra cápsula para viajar por el espacio-tiempo, abría un poquito el corazón. Su padre falleció siendo ella niña. Su madre, una terrateniente expoliada de sus fincas en 1950, había sido muy altiva y bella, pero ahora apenas podía valerse por sí misma, y como la única hermana de Camila, mujer de un diplomático, vivía en Pekín, era ella quien tenía que ocuparse de hacerle la compra, de visitarla y de acompañarla a los médicos en los pocos ratos libres que le dejaba su intensa dedicación al trabajo.

—Mi hermana salió igualita que mi madre, es lindí-





sima. Una figura espléndida, los ojos azules, enooooormes. Ya de pequeña era como la princesita de un cuento. Y su hija es igual que ella. Cuando éramos niñas, mi madre contemplaba a mi hermana con ternura, luego me miraba a mí y suspirando me decía: «Camila, hija, qué raro, qué raro es que hayáis salido las dos tan diferentes, con lo delgadita y elegante que es tu hermana, qué extraño es que tú seas así».

—¿Cómo es posible, Camila? ¿Así que usted era gordita? ¡No me lo puedo creer!

—Oh, sí, de niña lo era, créalo, créalo, mi madre me lo dijo muchas veces. Sí, gorda, gorda, de pequeña era gorda. —E hinchaba los carrillos como un angelote barroco, ponía las manos abiertas a la altura de la cara y hacía unas muecas bufas y expresivas que revelaban un fondo de disposición cómica en su carácter que solía permanecer oculto por las borrascas de su malhumor—. Mi madre me sujetaba por la barbilla, se me quedaba mirando con tristeza, rechazo y asombro y luego me soltaba, sacudiendo la cabeza con resignación. Claro, cuando llegué a la adolescencia me entró un complejo bien grande.

—¡No me extraña! Pero ¡ahora está usted delgada como un figurín! Debe de usar la talla treinta y ocho.

—O la treinta y seis. ¡Ah! ¿Quiere usted saber cómo me puse flaca? Por la fuerza de mi voluntad. Ayuné. Caí en la anorexia, dejé de comer durante meses y adelgacé muchísimo. Si me forzaban a comer, acto seguido me iba al baño y lo vomitaba todo. Me sustentaba a base de beber té todo el día, otro alimento no probaba. ¡Perdí cuarenta kilos! Era sólo piel y huesos. La verdad es que estuve al borde de la muerte. Era un cadáver ambulante. Daba horror verme. Y aun así, aun así...

Entonces, en aquel estado de desatada confesión y euforia de la estrepitosa madrugada, llegaba su momento glorioso en su lucha contra el mundo; el día de la victoria:





—... aun así llegaron las Olimpiadas Matemáticas y yo tenía que concursar porque era la mejor de mi instituto. Superé sin dificultad las eliminatorias locales y provinciales pero cuando nos convocaron a los finalistas para la última eliminatoria en el Palacio de Cultura estaba ya tan débil por el ayuno que mi papá me tuvo que llevar en brazos a mi pupitre. Eso hizo. Fue una entrada espectacular. Todos se quedaron mudos. Y él me dejó allí sentada y luego salió del aula, claro, no podía quedarse. La gran final nacional. El acontecimiento más importante del año para nuestra juventud.

Marcaba una pausa dramática, daba una palmada en la mesa y exclamaba:

—¡Y gané la medalla!

Volvía a ganarla periódicamente en las noches en Koruna y En el Foso, entre derelictos y prófugos que según avanzaba la madrugada se iban acercando a las lindes del delirio.

—¡Incluso anoréxica y agonizante gané la medalla!

No llegué a conocer a la hermana expatriada, al cuñado y la sobrina, ni tampoco a la madre, pero a ésta, a la aristócrata expropiada, a la que se refería a veces como a una tarea latosa e inevitable, a la que no le unía otro afecto que un poco de resentimiento desgastado por el tiempo y el atávico sentido del deber filial, la imagino, a partir de sus confidencias, muy disminuida por la edad, la cabellera blanca, vestida con un batín acolchado de color azul cielo, arrastrando las zapatillas por el corredor de un piso antiguo iluminado por lámparas de pie de metal y pantalla de pergamino con marcas de quemadura, entre el mobiliario rescatado del expolio de la mansión solariega. En la penumbra interior, la anciana se encuentra con su hija, que a veces es una niña gorda y atónita, y otras veces la mujer adulta que yo conocí, que acaba de llegar de la calle cargada con su gran bolso y con una bolsa del supermercado.





—Hija, tengo que decirte una cosa. Quería decirte...
—Venga, di.
—Quería darte las gracias.
—Gracias de qué, mamá —contesta Camila, exasperada, atenta a los alimentos que está distribuyendo por las alacenas y el frigorífico—. Gracias de qué.

¡No siempre tuvo esta vida! ¡De joven viajó, pasó algunos años en el extranjero!

En Cuba vivió la experiencia de la «zafra de los diez millones»: la campaña del Gobierno para obtener una cosecha histórica de caña de azúcar que movilizó a todo el país, y en la que tuvo el privilegio de participar como miembro de una brigada de «mujeres internacionalistas».

—¡Me salieron en las palmas de las manos tremendas ampollas! ¡Me ardían!

Pero valía la pena porque a cada golpe de machete que asestaba a la astillosa caña, la voluntaria internacionalista no sólo sentía que colaboraba esforzadamente en algo bueno, noble, generoso, y que contribuía a hacer del mundo un lugar mejor; también ella se sentía mejorar con el esfuerzo. Sentía que redimía la poquedad de su vida sin afectos y que el sudor la lavaba de culpas y de agravios.

Trabajaban en equipos de dos: uno avanzaba por el cañaveral cortando y el otro, detrás, recogía la caña y formaba montones de un tamaño determinado para que un tractor que iba y venía con un garfio pudiera llevárselos.

Al anochecer, a la vuelta de los cañaverales, reventadas de fatiga, las sienes palpitantes y la mente en blanco, al llegar al campamento pasaban junto a una gran olla de huevos duros, había que agarrar dos o tres, y ésa era la parca cena si no disponías de tus propios recursos. Dormían en hamacas en un cobertizo hediondo o, si una no soportaba la promiscuidad y la espesura del aire, podía





salir con la manta a tumbarse directamente bajo las estrellas. Y al día siguiente, igual, y así hasta la victoria final.

A pesar de tantos esfuerzos...

—¡No se logró la hazaña! —Con ademán trágico se lleva la copa a los labios para darle el trago de la decepción—. ¡Fue una gran desilusión! ¡Nos quedamos en ocho millones!

—Pero ¿qué le costaba al *Granma* maquillar las cifras —le pregunto con simulada ingenuidad—, publicar la noticia de que se alcanzó el récord, darles a ustedes esa alegría?

Cuando yo hacía algún comentario cínico sobre algún jerarca de la nomenclatura checoslovaca o contaba algún chiste antisoviético, ella rezongaba, pero en seguida, tentada por el gusanillo, el pecadillo del escepticismo, se le escapaba la sonrisa mientras como una niña imploraba: «¡No sea malo!». En cambio, con Cuba y con Nicaragua no se podían hacer bromas, Cuba y Nicaragua eran intocables; si les ponías la mano encima gesticulaba como apartando moscas:

—¡No sea malo! ¡Desde aquí es muy fácil criticar! ¡Usted no vivió aquello, aquella ilusión colectiva! ¡Había que verlo!

Había que ver a los compañeros de mirada franca y voluntad decidida. Había que ver las noches tropicales, el espectáculo de los cielos altos cuajados de astros por donde caían en catarata las estrellas fugaces, las lluvias de meteoros, y abajo, en la tierra, oír el rumor de los grillos y el enigmático croar de las ranas en las charcas, ver las mariposas «enooooormes» y las lucecitas verdes de las luciérnagas...

Entonces vio el mar por primera vez, y algún día tomó el sol en la playa, cerca de unos cocoteros lánguidos, vestida con un bañador bien modoso.

—¡No, olvídense, noches como aquéllas... no las he vuelto a ver!





Y, tapándose la cara con la copa, se recogía con su recuerdo, pero yo seguía viéndola, la veo aún en el tópico trópico «lujurioso», en esas noches de verano, sintiendo el escozor de las ampollas, la languidez muscular del cuerpo entero después de los esfuerzos extenuantes del día, la proximidad inevitable de los cuerpos apelotonados en las cabañas, y en el patio, los hombres y las guitarras, las bromas, las risas y las palabras procaces, el ron y los roces en la complicidad del objetivo compartido y anhelado de la gran zafra. El encuentro fortuito entre un mulato musculoso, de abultados labios, y la checoslovaca alta, joven, con el rostro huesudo suavizado por la noche de terciopelo y por la sombra de la cabellera, que entonces Camila llevaba suelta como una cortina despareja; cruzan las miradas y se alejan hacia el mismo cañaveral donde han pasado el día trabajando, y en un calvero extienden una sábana... Una rata o un hurón asoma el morro, observa los cuerpos trabados del varón moreno y la europea blanca, reluciente al claro de luna, y al oír el primer gemido sale corriendo entre la paja crujiente...

O sea que nada de bromas ni chistes sobre aquellos países. Porque había que ver la miseria de los «nicas», los niños harapientos, hambrientos y descalzos, los mendigos para quienes el convite a una quesadilla equivalía a un banquete, y el regalo de un lápiz, un tesoro.

—Un simple lápiz como éste, ¿ve? —Y sus grandes manos revolvían el gran bolso y extraían un pañuelo, la cajetilla de cigarrillos, el llavero tintineante, un paquete de salchichas adquiridas pocas horas antes al pasar por delante de la tocinería, una revista de análisis político, un *dossier* de *Transición Económica*, un monedero, un billetero, y todo eso iba formando un montón sobre la mesa hasta que por fin salía el lápiz, que, los labios temblorosos y el semblante demudado para retener las lágrimas, me plantaba ante la nariz:

—¡Regalé cien como éste a los chiquillos! ¡Qué cien,





mil, diez mil lápices! ¡Y cómo les brillaban los ojitos a los pobrecitos mocosos!

Le conmovía el gran corazón de los pobres:

—¡No tienen nada, pero te lo ofrecen todo! —decía, volviendo a guardar en el bolso las llaves, el tabaco, las revistas, las salchichas.

—Pero, Camila, si no tienen «nada», ¿qué «todo» es ese que le ofrecían?

Cuando entendió la pregunta sus ojos echaron rayos como los de una divinidad:

—¡Te ofrecen lo más importante, lo que no tiene precio, la idea de un mundo mejor donde la gente es igual y reina la justicia!

Nuestro camarero se había perdido en las lejanías del limbo, y las copas llevaban rato vacías y olvidadas; la música atronadora desgarraba las fibras de la atmósfera cargada de humo y alcohol; se alargaba una pausa de la que ella emergía con renovada furia:

—¡Ah, yo le garantizo que regresé de América tan pobre y tan honesta como salí para allá, yo no aproveché como [aquí, el nombre de una compañera] para especular con la miseria de los indios y comprar antigüedades y piezas de oro y a la vuelta hacer el gran negocio... como hicieron tantos! ¡Si yo hablara! ¡Sería un escándalo! ¡Caerían altas torres! ¡No! ¡No, olvídense, yo a esa gentuza la aborrezco!

Hasta el año 2000, más o menos, siempre encontré un hueco en la agenda para telefonarla y quedar con ella. Pero ya el hecho de que siguiera eligiendo para vernos la cafetería del teatro Karely, precisamente en la galería subterránea del mismo edificio donde estuvo la sede de la agencia gubernamental en la que trabajó durante décadas, me parecía una mala señal de adhesión al pasado y de falta de imaginación para dejarlo atrás cuando era lo que





había que hacer a toda costa porque todo se precipitaba hacia el futuro, y además a gran velocidad. Siempre aquel local sin ventanas, recoleto, estanco. Camila no era de esas personas flexibles que se acoplan con naturalidad a las novedades. Nos poníamos al día de los asuntos políticos, oportunidades comerciales y escándalos de corrupción, y en esa charla deslizábamos un poco de información sobre nuestras vidas profesionales y privadas. Información cuidadosamente medida y pesada antes de brindarla, porque habíamos perdido la costumbre. En casos como el de Camila, tan susceptible, con la autoestima maltratada y a flor de piel, uno no puede sencillamente irse y regresar pasado el tiempo dando por supuesto que reanuda la relación en el mismo lugar donde la dejó. Al contrario, en cada reencuentro uno siente que renueva una decepción: que fue indispensable para ciertos equilibrios inexplicados, y al seguir la vida lejos y sin ella la ha estado perjudicando, colaborando con el enemigo.

A partir del año 2000 su silencio telefónico hizo sonar al fondo de mi conciencia una señal de alarma que a cada llamada infructuosa sonaba más fuerte, pero yo no la quería oír. Suponía que había emigrado, que se había ido, por ejemplo, a su amada Suramérica. O que simplemente había cambiado de número de teléfono. Pero la explicación más plausible, la más lógica, era la peor.

Era una empleada de plena confianza, no causaba baja por enfermedad, no llegaba tarde, no solicitaba un día libre por asuntos particulares; no sólo cumplía el horario con abnegación puntillosa y masoquista, sino que asistía, fuera de horario, a cualquier cóctel de aniversario y fiesta de jubilación, a cualquier despedida de un compañero por cambio de destino, a cualquier protocolo o recepción por previsiblemente tediosa que fuese, así que no hacía falta preguntarle si poseía una *jata* o casa en el cam-



po como tantos que se escapaban de la ciudad dejándola desierta el viernes al mediodía.

En ambientes de representación oficial, codeándose con funcionarios extranjeros, se sentía a sus anchas y, pienso ahora, a salvo. La estoy viendo en un corro de negociantes y viajantes comerciales, celebrando con expresiva mímica la agudeza de un tipo ocurrente: apretaba los ojos, proyectaba la barbilla hacia arriba y, moviendo espasmódicamente la cabeza, lanzaba una carcajada muda; si estaba en confianza y el lance era de veras gracioso emitía, además, un mugido sordo. Y en una tarde así, bajo las arañas de cristal de un salón, comparando en la neutralidad de los espejos su propio aspecto —blusa *beige* con encajes, falda holgada, gran bolso marrón— con el de las demás mujeres, fue cuando me dijo:

—Qué linda es la señora, ¿no? ¿No le parece a usted?

—¿Quién? ¿La esposa del cónsul?

—Noooo. ¿Esa cacatúa que siempre se está quejando del clima? ¡No!

—¿Quién, entonces? ¿La canciller?

—¿Qué? ¿Esa tonta que dice que se añora? ¡No! ¡Olvídese!

—Bueno, pues ¿a cuál se refiere? ¿A la del vestido rojo?

—La de rojo. Alegra sólo verla, tan linda y fina y elegante, ¿verdad?

—Sí, es bonita.

—A algunas las invitan de floreros. A mí, en cambio, me invitan de arbusto. Sí, en calidad de arbusto, para llenar huecos, para que el salón se vea lleno, ¿sabe? —dijo apaciblemente—. El arbusto que se coloca junto a la pared para tapar una mancha de humedad.

Con ella en la oficina yo podía irme tranquilo de viaje, seguro de su responsabilidad acrisolada, hasta el día en

que a mi regreso de un periplo de exploración de dos semanas por el este me encontré su máquina de escribir cubierta con la funda, su escritorio despejado, los cajones vacíos, y en el perchero, mi corbata «de emergencia» colgando sola, sin la habitual compañía del *pullover* que ella dejaba allí como un murciélago hibernando. Una nota sobre mi escritorio me comunicaba en términos bastante secos que había abandonado mi servicio. Por cierto que se llevó copia, según supe luego, del *mailing* que tanto nos había costado elaborar a la firma de la competencia, una distribuidora de frutas suramericana llamada Manolita Limited, nombre que hasta aquella mañana me había parecido divertido. Cuando me recuperé de la sorpresa y del disgusto y contacté con ella y le pedí explicaciones de su comportamiento, me dijo con calculada frialdad que se le presentó la ocasión de «emplearse en Manolita» y no quería dejarla pasar, sobre todo porque me había escuchado comentarle a un amigo que estaba pensando en cerrar la delegación y regresar a España. En fin, ésa es la explicación que me dio de su comportamiento, pero sospecho que en Manolita le ofrecerían un sueldo mejor... hasta que la echaron.

Su desertión me causó un gran perjuicio porque para sustituirla contraté a Zájár M. No me di cuenta a tiempo de que este barbudo de origen ruso, único superviviente de una familia judía exterminada en las purgas de Stalin, gozaba de una bendita ignorancia en lo relativo al trabajo y que era lo peor que puedes tener empleado en una oficina: un ser angélico y desordenado, que guardaba en el cajón un manual titulado *Cómo cuadrar un balance*. Zájár no había venido a este mundo a vender ni a comprar; era un ser contemplativo que observaba embobado el vuelo de una mosca y hablaba de la misteriosa belleza del mundo y de lo floridas que se ven las laderas del monte Petrin desde el otro lado del río cuando paseas en primavera, que es en Praga la estación más



bonita. A mí, que siendo adolescente quise como todos ser poeta y hasta publiqué unos versos en una revista, me fastidiaban como una parodia los clichés líricos de su sensibilidad a flor de piel. «No hay que estar siempre pensando en lo material, ¿no se da cuenta de que “algo” nos está llamando?», murmuraba. «¿Cree usted que este cielo, esta dulzura del clima, estos días tan claros no quieren decir nada, y que sólo hemos venido a este mundo a crecer, reproducirnos, envejecer y morir?» Lo recuerdo mirando la casa de enfrente, una casa amarilla, a través de la cortina de la lluvia, que acentuaba su nostalgia. En días así se acordaba de las otras dos mujeres con las que se había casado antes de conocer a su tercera y querida esposa:

—Cada una a su manera, las dos me brindaron mucho amor. Sería estupendo vivir con las tres, pero por desgracia en este estadio del desarrollo de la Humanidad es imposible —podía decir, por ejemplo, con la barbilla apoyada en la mano, como leyendo un mensaje escrito en la pared del edificio amarillo—. Es curioso que el amor, que por definición consiste en generosidad y entrega de uno mismo al otro, se comporte de forma privativa, egoísta. Qué paradoja, ¿verdad?

Y se podía estar de acuerdo con ello, o no, pero no era, desde luego, esta clase de asuntos la que yo quería despachar con él, que era irrecuperable, según comprendí la mañana en que nada más llegar a la oficina, cuando empecé a reprocharle con un comentario irónico su retraso habitual, me preguntó suavemente:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

—Miércoles, ¿por qué?

—No. ¿Qué día es hoy? Piense.

—Pues...

—Hoy es el primer día del resto de nuestras vidas. Piénselo.

Conté hasta diez antes de responder:





—También podría ser su último día aquí.

—Sí, también podría ser nuestro último día, razón de más para vivirlo con plenitud. ¿No le parece?

¿Cómo vas a echar a alguien cuyos padres fueron asesinados por Stalin? De manera que él hablaba de amor y yo miraba la puerta y añoraba los días en que batiendo esa puerta irrumpía Camila a las ocho de la mañana gritando: «¡Olvídense, son gentuza!».

